



UNA VOLTERETA INOLVIDABLE

Toni López

31 de Agosto

La primavera ha pasado con menos flores de las esperadas y las pocas que han brotado, lo han hecho con fuertes espinas. Ahora, cuando da sus últimos coletazos un agosto frío y distante, siento nostalgia. El ruido del viento resopla desde el norte de los Balcanes y su particular sonido, me invita a pensar que mi madre tendrá preparado el traje de Pirata. Como siempre, lo colocará con su habitual mimo sobre mi cama vacía. Siento frío en Kosovo.

Hay momentos en que no puedo dejar de sentirme festero, a pesar de que a diario recorreremos una ciudad nerviosa, donde los incidentes son habituales. Me siento tranquilo, en mi bolsillo llevo una foto de alguien que siempre me acompaña, la Morenica. A veces no lo puedo reprimir, la añoranza y el palpar de mi corazón, me hacen abrigar ese gran sentimiento pirata inculcado por mi abuelo. Es una pasión callada que me acompaña, propia y extraña, no entendida por nadie a miles de kilómetros de casa. Por teléfono, el desánimo me ha obligado a llamar a mis compañeros de desfile. Me dicen que todo está perfecto, los arcos están puestos, la Madrina presentada, y este año estamos de enhorabuena, una foto de la escuadra ha salido en la Revista del Día 4. Por la noche, cuando miro la luna de Mitrovica, pienso que es la misma que está brillando en Villena. Intuyo ver en su reflejo a mi ciudad, imaginando la vorágine de los días previos a Fiestas.



1 de Septiembre

Esta mañana mientras desayunaba, me acordaba del año en que me sancionaron por dar una voltereta en la tribuna. Esboqué una sonrisa. Es extraño, aquello que constituyó un verdadero drama en mi familia, ahora resultaba hasta chocante. Todavía puedo ver a mi abuelo, fundador y directivo, totalmente desencajado reprochándome mi actitud.

Subo al blindado para marcharnos hacia uno de los principales puentes de la capital, donde como suele ser habitual, los nervios entre sus ciudadanos están a flor de piel. Esta bonita ciudad, despedazada por los combates, está dividida en etnias, la servia y la albanos-kosovar. La población está fragmentada y sus puentes son las fronteras.

Vamos a reforzar a nuestros compañeros holandeses, en uno de los viaductos más conflictivos. Hoy parece un día tranquilo, simplemente realizaremos controles de seguridad. En el descanso y durante la comida, saco de la cartera una foto de mi escuadra en plena Corredera, con la típica anarquía en el orden de la que hacemos gala los piratas. Imagino la música, el himno a los piratas suena, giro mi cuello y veo a la Banda de Xeresa. Un delegado intenta poner orden. No lo consigue y brucea. En mi cara se dibuja una mueca cómplice.

Los controles de seguridad en el puente transcurren sin apenas incidentes. Ayer los antidisturbios disiparon una manifestación. Quizás sea esa la razón de estar allí. Tras la tormenta llega la calma, como sucede al finalizar la Entrada. Se hace tarde. Llega el relevo y es momento de salir hacia la base.

Durante el viaje de vuelta, sentado y en silencio, soporto los baches sobre mi cansado cuerpo. Recuerdo que tras la entrada, íbamos a la sede a recoger el arcabuz y la cartuchera para acompañar a la Patrona hasta Santiago. Saco de nuevo su fotografía, al verla situada majestuosa sobre su trono, me invita a vivir y recordar momentos de ese acto tan especial.





Mi madre en su última carta, me contó que la Romería había cambiado. Que vendría a Villena la tarde del Pascualles. A mi padre no le gusta la idea, cree que mucha gente se irá a la playa y que no irán ni cuatro gatos.

Mañana es domingo. El oficial viene al campamento. Le preguntaré cómo va la petición del permiso. Necesito como el agua de mayo abrazar a los míos, llevo aquí desde febrero. Tengo la esperanza de no estar abandonado aquí, tengo la ilusión de poder vivir especialmente estas fiestas.

2 de Septiembre

Como todos los festivos, el cuartel es diferente. Izar la rojigualda en domingo parece distinto. Mientras desayuno, cuento los minutos que quedan para mi entrevista. El capitán es de Xirivella y cuentan que es fallero, es festero aunque de otra pasta, quizás pudiéramos hablar el mismo idioma.

Al llegar se perfila sonriente. Un escalofrío recorre mi cuerpo, todavía desconozco la respuesta, pero las vibraciones parecen positivas. Nos sentamos en su mesa, barnizada color caoba, desteñida y algo desencolada. Estoy en ascuas, me mira fijamente y me da una buena noticia. En mi cara hay signos inequívocos de alegría. El capitán, con un tono más campechano de lo habitual, argumenta que el día cuatro llegará el avión mensual de suministros al campamento y que, tras su descarga, regresará hacia su base de Cuatro Vientos. No existe otro medio de transporte a corto plazo, su llegada a la península esta prevista el día cinco de madrugada.

El envite no iba de farol, pero era demasiado importante como para no “echar la falta”. El horario me desafiaba, no obstante el problema era menor, debía realizar encaje de bolillos para las combinaciones de transporte. La intranquilidad fue mi compañera durante toda la tarde del domingo.

3 de Septiembre.

Hoy hemos salido temprano de la base rumbo a Zvečan, distrito cercano a Mitrovica, donde existen disturbios en su escuela. No puedo borrar la sonrisa de mi boca, estoy

“empachao” de alegría, aunque la incertidumbre del día a día, me obliga a olvidar por momentos las Fiestas.

Llegamos a la escuela, donde una airada discusión por los siempre complicados problemas étnicos, han desembocado en una reyerta entre ciudadanos. Ni los alumnos, ni nosotros acertamos a entender nada. Tras hacer acto de presencia, la disputa se ralentiza, y ayudamos a la policía a arrestar a los provocadores. Los niños se miran, nos miran, siguen sin entender nada. Mientras abandonamos el lugar con los detenidos rumbo a comisaría, los chavales entran en la escuela con la mirada perdida.

Ya por la tarde, regresamos a la base, donde la obsesión me lleva a contar cada minuto, cada segundo. Durante la cena, me acuerdo de la Embajada Cachonda, de la Entraíca y de la Cena del Día Cuatro. Una nochevieja sin uvas, les comentaba a mis compañeros, mientras reían cuando les hablaba de unos castillitos en el cielo, plenos de luz y color.





4 de Septiembre

Apenas he podido dormir. El día despunta grisáceo y nublado. Por la mañana, nos quedamos en la base, es día de revisión y puesta a punto de los equipos. Comienza a llover torrencialmente. Las tormentas en este lugar siempre crean problemas. Las viviendas están en ruinas, no existe alcantarillado y las carreteras destruidas tienen un malogrado asfalto. Hoy es un día tremendamente gris, a pesar de ello tengo junto a mí, una enorme felicidad plena de luz radiante.

Al mediodía, oigo comentarios de la llegada del avión de suministros. El capitán me hace llegar la inyección de alegría que anhelaba, es mi carta de permiso. En apenas unos minutos saldré rumbo al aeródromo. Casi sin mirar vacío la taquilla, y junto a mi petate corro como alma que lleva el diablo hacia la puerta de la base.

Camino del aeropuerto, pienso en mi familia, en cómo estará Villena. El golpeo de la lluvia sobre la lona del jeep, parece el tambor que me acompaña en mi involuntario tarareo del himno a los piratas. Miro hacia delante, la tonalidad gris ceniza de la calzada forma cientos de burbujas de lluvia. El chaparrón desea ser un escollo más en mi camino.

En el avión arrecia la tormenta, a pesar de ello no aprecio las turbulencias, mis sentimientos están plenamente ocupados. Es muy tarde, miro por la ventana y al esquivar la borrasca, cuento estrellas en el fosco de la noche. El ruido y el calor de los motores me hacen adormecer, mientras sueño que estoy disfrutando de la Entrada. Al aterrizar, el brusco golpeo de las ruedas contra el asfalto, hace que despierte de mi aletargado sueño. Adormecido, me pellizco para comprobar que todavía no estoy desfilando. No es cierto, el verde de mi indumentaria me delata.



5 de Septiembre

Hemos llegado con retraso a causa de la tormenta y del viento. Necesito ir a la estación cuanto antes. Falta poco para mediodía y quedan por delante casi cuatro horas de viaje. Mi objetivo es claro: Villena en cinco de septiembre.

El taxi no va tan deprisa como mi mente, el trayecto parece eterno. Sin apenas tiempo salgo corriendo hacia el andén y allí encuentro la ilusión de mi tren. No reparo en mis vecinos de viaje cuando comenzamos la marcha. Lentamente los rayos de sol entran por la ventana y consiguen adormecerme. Las estaciones se suceden. El altavoz, con su particular tono de timbre, anuncia La Encina, cuando están próximas las cuatro de la tarde. Definitivamente no veré la arrancá de la Banda, ni escucharé los acordes de la Entrada, ni veré al Tito, ni las plumas al viento de los Moros Viejos, ni levantar los picos a los Moros Nuevos, ... Un sentimiento de rara tristeza me invade, pero una sonrisa me ilumina. Llegaré con tiempo para mis Piratas.

El transcurso de los minutos tienen sabor a horas. Vuelve a sonar la megafonía y una cadenciosa voz pronuncia la palabra Villena. Al escucharla, un resorte obliga a levantarme como si ya estuviese en la ciudad. Esperando tras la puerta, el tiempo se adormece. El tren frena bruscamente, se abre, respiro hondo y disfruto la bajada de cada uno de sus peldaños. El viejo reloj de la estación susurra que pasan algunos minutos de las cuatro y media de la tarde.

Me dirijo a casa. A veces corriendo, a veces andando. La desesperación es mi compañera. El sonido de la música y la algarabía, es transportado por el viento hasta mis oídos. El trayecto hasta la Constancia es lejano, jamás pensé que viviera tan apartado del centro. Al entrar en mi casa,

mi madre me está esperando regalándome un caluroso abrazo. Las lágrimas contenidas hasta ese momento dan rienda suelta y brotan sin cesar. Precisaba ese abrazo. Necesitaba arrancar ese raudal de gotas reprimidas de emoción y alegría. Intuyo que en esta tarde habrán muchas más. Mi madre lo tiene todo preparado. La ropa está sobre mi cama, el rojo es brillante, el negro aterciopelado y el blanco



de la faja me deslumbra, mientras un agradable olor a naftalina invade mis sentidos. Sin tregua, me enfundo el traje. Un rayo de luz entra por la ventana y se refleja en el espejo. El sol quiere hacerse notar pasando revista a mi vestimenta.

Mi madre no puede parar de sonreír mientras “hago pared” dando buena cuenta de un plato de “pelotas”. Entre cucharada y cucharada me señala que la Patrona, tras su reciente y multitudinaria Romería, ya se encuentra en la ciudad. Tras darme los típicos consejos maternos acerca del comportamiento de un día 5, salgo de mi casa para saborear la Entrada. Los Nazaríes están en pleno desfile, su colorido, jolgorio y el acompasado sonido de los timbales, me ayudan a volar en mi trayecto. Sin apenas parpadear me encuentro en la Plaza de Santiago.

De mi pecho surgen emociones contenidas ante la fachada de la Iglesia. Junto a su puerta, miro la fotografía de la Virgen de las Virtudes que en estos meses y a diario, ha estado pegada a mi corazón dentro del chaleco de campaña. Esa misma Imagen en la que he confiado y rezado.

Cruzo con recelo el portón, y allí está sobre su trono, con su manto blanco y su tez morena, engalanada de flores como solo ella merece. Una espontánea lágrima comienza a recorrer mi mejilla. Al mirarla fijamente, mis recuerdos y vivencias en Kosovo pasan como un suspiro. Respiro hondo y una gran sensación de alivio recorre todo mi cuerpo. Miro al niño, me sonrío y le doy las gracias. Es extraño, pero los minutos

que hace nada parecían horas, se inmovilizan, se estancan. El tiempo está parado en Santiago. De repente, un fuerte y extraño golpe de viento me desconcentra, me hace volver a la realidad. Ese eco inesperado obliga a realizarme la pregunta ¿Y los Piratas?

Con gran impaciencia, salgo de la Arcedial, mientras ahora sí, escucho el himno a los piratas en plena Corredera, envuelto entre gritos y aplausos. Bajo a las Cuatro Esquinas y las chicas piratas están desfilando con gran bullicio y alegría. La Banda de Xeresa todavía no ha pasado, y me dirijo impaciente hacia su encuentro. Mientras los busco, la adrenalina hace que mis sensaciones sean extrañas e inesperadas. A la altura de la Plaza del Rollo diviso mi escuadra, al Fernan, al Paquito, al Pepete, están todos. Una gran bocanada de aire fresco entra en mis pulmones. Al verme a lo lejos, sus espadas apuntan al cielo. Corro hacia ellos, me abrazan, me siento feliz y satisfecho de estar allí. Al unísono, como si estuviese preparado, suena el conocido y anhelado, voltereta, voltereta... Sin hacerme mucho de rogar, en plena Corredera lanzo mi capa al suelo, y sin pensarlo, me arrojo acrobáticamente a cumplir con lo exigido. Una voltereta plena de afecto, rabia, y alegría. Una voltereta inolvidable. Al levantarme un leve dolor de espalda me hace sentir incómodo y al alzar la mirada, un delegado agita su mano con la palma hacia arriba, mientras un guiño cómplice lo acompaña.

¡Ahora sí, por fin, estoy en casa!



Comparsas del Bando Moro

